



Danza de Acróbatas (1930). AGLP

Danza de Acróbatas: origen y evolución en las Fiestas Lustrales

José Eduardo Pérez Hernández

Felizmente los singulares Acróbatas palmeros regresaron al tiempo festivo de la Bajada de la Virgen en 2005, después de un cuarto de siglo de silencio; o mejor dicho, más de media centuria solo interrumpida por las reapariciones de 1975 y 1980. Ojalá que su vuelta haya significado la consolidación definitiva de esta simpática función de precisión, destreza y belleza entre las de mayor arraigo y tradición en las fiestas lustrales. Lo merece una existencia más que centenaria. Esta es la sucinta relación de su historia, a partir de la información espigada en el archivo municipal y en el archivo y hemeroteca de la Real Sociedad Cosmológica de Santa Cruz de La Palma¹.

Aunque se tiene noticia de la llegada de compañías de volatines a la capital palmera con anterioridad a 1860, la gran mayoría de los artistas circenses desembarcados en nuestra isla en el siglo XIX lo hicieron en su segunda mitad. Se trataba de compañías peninsulares y extranjeras, pequeñas y familiares, que, parando en las islas Canarias durante sus giras por Europa y América, ofrecieron espectáculos ecuestres, gimnásticos, acrobáticos, cómicos, mímicos y piro-técnicos en los patios y plazas de los antiguos conventos de la ciudad, y en el Circo de Marte desde 1871. Ocurrió merced al factor económico que había permitido la prosperidad de la burguesía local; es decir, la franquicia del puerto capitalino desde

1852, traducido en el incremento progresivo del trasiego de barcos y del tráfico comercial, y el auge de la cochinilla para la exportación. Tras unos años de *ralentí* en la década de 1870 a causa de las primeras guerras por la independencia de Cuba y la depreciación de la grana, el circo foráneo alcanzó su punto álgido entre 1879 y 1882, periodo en el cual arribaron seis compañías a La Palma y que, no por casualidad, conoció el nacimiento de sus émulos palmeros: la *compañía* de gimnastas aficionados La Patriótica.

Paralelamente la práctica y la competición deportiva *amateur* eclosionaban en el mundo occidental. Comenzó como un nuevo hábito de ocio urbano entre las clases más acomodadas, un signo de distinción social. Pero, en el contexto de impulso intelectual y académico de la educación física y el deporte, pronto pasaría de mera actividad recreativa a convertirse en una forma de vida saludable; cada vez, además, con más predicamento en el conjunto de la sociedad. El hito fundamental de este proceso paulatino fue la creación del movimiento olímpico moderno por el barón Pierre de Coubertin a finales del XIX. Antes, mediada la década de 1880, España había hecho de la gimnasia una de las primeras manifestaciones deportivas organizadas.

De esta manera, en el marco de la eferescencia cultural isleña de la época, el ocio deportivo y el espectáculo circense se dieron la mano en Santa Cruz de La Palma desde el penúltimo decenio del Ochocientos. La sociedad gimnástica La Patriótica apareció en 1881 y la gran mayoría de sus treinta y cinco socios, bastante jóvenes, pertenecían a los sectores sociales privilegiados de la ciudad; esto es, propietarios, abogados, médicos y comerciantes. Al frente figuraban el propietario Pedro Lugo García y el médico Juan Martín Cabrera



Danza de Acróbatas (1975). AGLP

como directores de gimnasia y de higiene, respectivamente. Los socios y sus hijos menores de edad tenían a su disposición un gimnasio con todos los aparatos modernos necesarios para su formación y entrenamiento. Pronto, siguiendo el ejemplo de las dos sociedades con proyección pública que ya funcionaban en Santa Cruz de Tenerife, de La Patriótica salió una suerte de compañía de gimnastas aficionados para ofrecer funciones de sabor circense solo con carácter benéfico y filantrópico.

La *compañía* gimnástica La Patriótica debutó en el Circo de Marte el 11 de junio de 1882, a beneficio de la flamante Sociedad Cosmológica. Los diez gimnastas que tomaron parte en el espectáculo, dirigidos por el joven hacendado Manuel Vandewalle y Pinto, eran adolescentes en su mayoría y representaban a un espectro social más amplio, que iba desde la vieja



Danza de Acróbatas en la calle Real (2015). JA

oligarquía terrateniente hasta el artesano, pasando por la burguesía. Su primera actuación, al decir de la crónica periodística, causó el asombro general por la habilidad y la maestría en el desempeño de los ejercicios. Aquellos isleños se asemejaban a los acróbatas profesionales en el escenario cuando, con sus ceñidos uniformes de punto y madapolán, hacían evoluciones en el trapecio, equilibrios en la escalera de ringlera de un solo cuerpo, o sobre la cuerda y el alambre, el cilindro y la bola, sin abandonar nunca el amateurismo. Siguió varios años de funciones exitosas en Santa Cruz de La Palma, y alguna vez también en Los Llanos y El Paso, ya en las fiestas, ya en homenajes tributados a palmeros ilustres, si bien cada vez con menor frecuencia hasta su ocaso a finales de 1886. Del producto de sus trabajos de exhibición, la mitad se dedicaba al objetivo altruista de turno y la otra mitad para un fondo común de gastos de la *compañía*, es decir, compra y reparación de aparatos y vestuario, alquiler de locales y de bandas de música, cenas y refrigerios, atención médica de los artistas lesionados, etc.

La Patriótica desapareció a finales de los años 1880, pues no se encuentra rastro documental que indique alguna actividad pública desde 1887. Pero, antes de morir,

había dejado un legado a la posteridad. Cuando llegó la Bajada de la Virgen de 1885, los artistas *patrióticos* prepararon para la ocasión el espectáculo denominado *Danza de Gimnastas*, representado en la noche festiva del lunes 13 de abril en la plaza de Santo Domingo y en las calles de O'Daly y de Santiago (Pérez de Brito). Según la prensa, y es una pena que no fuese más descriptiva, era una danza caprichosa «con variedad de grupos y figuras». Hay todavía menos datos fehacientes sobre quiénes fueron los primeros acróbatas danzantes, más allá de la participación documentada del carpintero José Sosa Rodríguez, uno de los debutantes de 1882 en el circo marteano. Puede conjeturarse el concurso de algunos de los jóvenes que actuaron en los casi tres años previos de exhibiciones circenses; verbigracia, José María Valcárcel, Manuel y Antonio Vandewalle, propietarios; José Cabrera Martín, comerciante; Manuel Amador Armas, estudiante, hijo del comerciante Eugenio Amador; José E. Guerra Zerpa, tipógrafo y periodista; Cipriano Duque, futuro maestro de obras; Manuel Sosa y Virgilio Cerezo, practicantes; Manuel Rodríguez, platero; Teobaldo Cabrera, zapatero; Manuel Pérez Triana y José Pérez Hernández, entre otros.



Danza de Acróbatas en la avenida El Puente (2015). IA

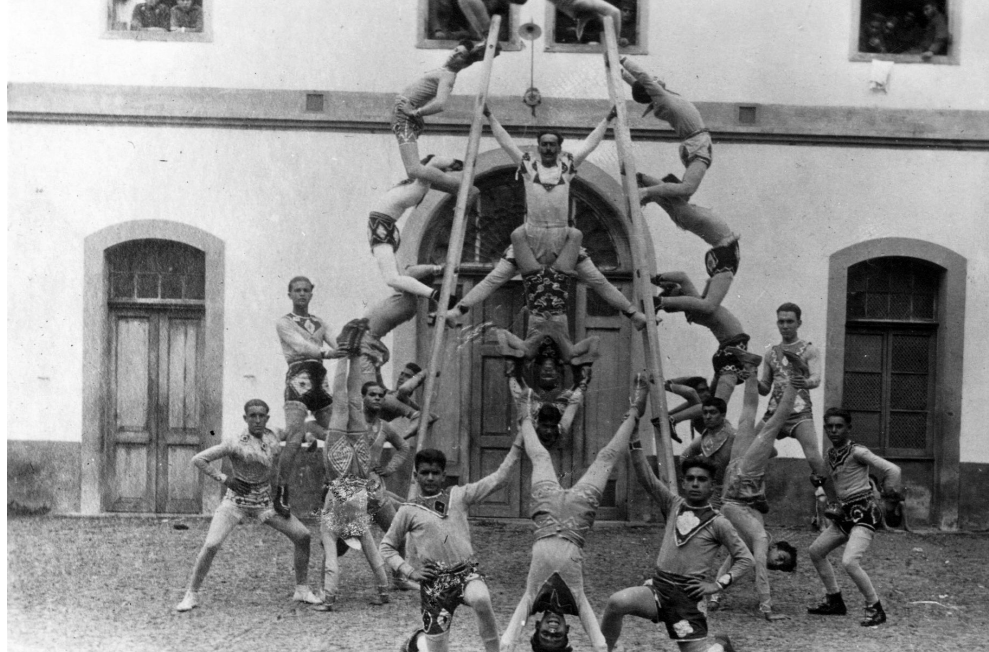
Los danzarines gimnastas regresaron en la edición lustral de 1895. La noche del 24 de abril, muy aplaudidos, veinticinco jóvenes ejecutaron vistosos grupos acrobáticos frente a la ermita de Santa Catalina y en las calles de Santiago y O'Daly. Aquí se tiene constancia documental de la utilización de las escaleras, seguramente el elemento más distintivo de la danza, aunque cabe suponer que esta parte del espectáculo figuró también diez años antes.

La depresión económica y social que afectó a La Palma, primero por la finisecular guerra de Cuba y más tarde durante la primera guerra mundial, puede explicar la ausencia de la Danza de Gimnastas en tres de las cuatro primeras Bajadas del siglo XX. La hipótesis del sacrificio de este número lustral, todavía no consolidado, por la menor disponibilidad de presupuesto debido a las etapas críticas, habría estado en un tris de hundirlo en el olvido de no ser por el pilar de su presencia en la edición de 1910. En esta ocasión los gimnastas, al cuidado del veterano Nicolás Sosa Lorenzo, y con muy poco dinero, iniciaron su puesta en escena en el Circo de Marte y continuaron en las calles principales hasta la madrugada.

La denominación *Danza de Acróbatas* se estableció oficialmente a partir de la

Bajada de 1920. Si bien de inicio se pensó en un número híbrido de danza acrobática y de danza de niños, prevaleció al fin la primera en el programa de festejos. Así, el lunes 7 de junio, se llevó a cabo lo que la publicidad definió como «preciosísima danza, en la cual la agilidad y la fuerza, dirigidas por el arte coreográfico, se ofrecen en espectáculo tan ingenioso como bello». Fue el comienzo de un periodo de estabilidad aparente en el cual los Acróbatas acudieron siempre a las citas lustrales hasta 1950, con la excepción del año 1940, pero de un modo inseguro y cambiante por parte de los organizadores de los eventos, saliendo adelante sobre todo por el empeño individual de algunas personas, probablemente danzarines acróbatas de otros tiempos, capaces de realizar una gestión eficaz a contrarreloj.

De esta forma, sorteando no pocas dificultades, la Danza de Acróbatas llegó a buen puerto en las fiestas marianas de 1925, con el liderazgo gestor del comerciante y tabaquero capitalino Pedro Díaz Batista. El martes 21 de abril los Acróbatas actuaron con gran éxito en las calles habituales de O'Daly y Santiago, y en la plaza de la Constitución.



Danza de Acróbatas en el antiguo convento de San Francisco (ca. 1910). AGLP

A pesar de verse relegada a la antesala de la semana grande en la Bajada de 1930, este paso atrás no fue óbice para que la danza acrobática brillase como siempre y recibiese los elogios de crítica y público. La prensa escribió que una enorme muchedumbre había disfrutado las funciones de un grupo de jóvenes «fuertes y bien adiestrados [que] hicieron verdaderas proezas atléticas y ejecutaron ejercicios plásticos con una precisión admirable». Tanto fue así que, saliendo quizá por primera vez del marco lustral capitalino, los Acróbatas fueron incluidos en ese año en el programa festivo de Nuestra Señora de los Remedios en Los Llanos de Aridane, el 30 de junio, a las diez de la noche, en la plaza de la Constitución.

El número acrobático estaba en principio fuera del programa lustral de 1935. Pero la discrepancia surgida entre el ayuntamiento santacruceño y las comisiones organizadoras de los festejos marianos, a cuenta del presupuesto de las fiestas, motivó la renuncia de los presidentes de las comisiones por la modesta e insuficiente aportación del consistorio. Y también por la presumible ausencia de las cinco mil pesetas del

Cabildo de La Palma, suma que había ofrecido un lustro antes y habría de ofrecer un lustro después. Parece ser que la iniciativa privada tomó entonces cartas en el asunto e incrementó su contribución para que el presupuesto inicialmente estimado no sufriese merma. Las comisiones se reorganizaron a marchas forzadas y, empeñados en que nada faltase en la Bajada, los Acróbatas fueron de la partida, otra vez con Díaz Batista al frente de la gestión. Eso sí, entre las danzas más señeras de la fiesta, la acrobática tenía la asignación de gasto más exigua. No importó. Su actuación el martes de la semana grande, 25 de junio, en la plaza de Santo Domingo, y seguidamente en los sitios de costumbre desde O'Daly hasta la Alameda, fue maravillosa.

Todo sucedió al revés, con respecto a un quinquenio atrás, en la cita de 1940. Jamás había tenido la Danza de Acróbatas vientos tan favorables *a priori*. Contaba con una comisión organizadora inusual por numerosa, compuesta de antiguos acróbatas y de gestores experimentados, entre éstos de nuevo Díaz Batista, y Guillermo Pérez Cabrera, quien había sido el alma logística de los Acróbatas

en la edición lustral del año veinte. La Bajada del año cuarenta tenía, además, un presupuesto general tan grande que más parecía un desagravio de lo sucedido cinco años antes. Sin embargo, la danza acrobática se quedó en el camino. Quizá hubo demasiada procrastinación; que al abrigo del nutrido grupo faltó el liderazgo individual y, como reza el dicho, *unos por otros, la casa sin barrer*. Acabaron rindiéndose a las dificultades que la guerra mundial opuso al suministro del vestuario.

La Danza de Acróbatas regresó en la Bajada de 1945. Lo hizo en el comienzo de la semana del recibimiento, domingo 24 de junio, primero en la plaza dominica y luego desde la plazuela del Muelle hacia el norte por las calles principales. Una vez más brilló en la noche capitalina, pero de nuevo también había sido preterida en el calendario festivo; en su debut el Minué había adelantado a los Acróbatas. La posición preeminente del festival dieciochesco se confirmó en las siguientes fiestas de 1950, en las que la danza acrobática protagonizó la noche del lunes grande, 19 de junio. El recorrido fue el mismo que en el lustro anterior, solo que ahora de norte a sur en el eje callejero, y devoto el gentío que seguía las funciones de los jóvenes artistas. En el ecuador del siglo se hizo una de las descripciones más bellas sobre la danza, de autor anónimo, publicada en el programa de los festejos:

«En dos escalas sostenidas por un solo hombre, que las mantiene erectas, al son de la música se realizan variadísimos ejercicios. El hombre generalmente robusto, parece estar fijo al suelo. Se nos asemeja estar soldado por alguna fuerza misteriosa a las escalas que sostiene. Parece una estatua representativa de la fuerza, mientras los demás siguen el ritmo de la música. Representan el movimiento hecho arte que elabora primorosas figuras plenas de plasticidad

y destreza. A lo que contribuye la brillantez de los trajes que lanzan variados destellos bajo las luces artificiales».

Tristemente el panorama fue bastante desolador en la segunda mitad del siglo xx en lo referente a nuestros danzarines acrobáticos. Como un espejismo, la aparente estabilidad de las tres décadas precedentes se desvaneció en el aire de golpe. Así, las últimas noches mágicas de la centuria al respecto acontecieron del 8 al 9 de julio de 1975 y de 1980, cita esta última que trajo la mejor noticia en medio de un largo marasmo: la incorporación de la mujer a la Danza de Acróbatas.

Notas

¹ Sobre este número de consúltense nuestras aproximaciones previas: José Eduardo Pérez Hernández, «La Danza de Acróbatas en las Fiestas Lustrales de La Palma», *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 9 de julio de 2005), p. 22; José Eduardo Pérez Hernández, «Acróbatas sin fin: el circo, La Patriótica y la danza de gimnastas en Santa Cruz de La Palma durante el segundo ochocientos», *Revista de estudios generales de la isla de La Palma*, n. 6, (2014), pp. 227-248; José Eduardo Pérez Hernández, «Gimnastas de La Patriótica, Acróbatas de la Bajada», *Diario de avisos / Especial La Palma: Fiestas Lustrales 2015: la Bajada de la Virgen de las Nieves* (Santa Cruz de Tenerife, 19 de julio de 2015), p. 4; José Eduardo Pérez Hernández, «“En la cuerda floja”: la danza de acróbatas en las citas lustrales del primer novecientos», en: Manuel Poggio Capote y Víctor J. Hernández Correa (eds.), *I Congreso Internacional de la Bajada de la Virgen (Santa Cruz de La Palma, 27-30 de julio de 2017)*, [Breña Alta], Cartas Diferentes Ediciones, 2017, pp. 675-691. Véanse, además: Francisco Medina Concepción, «La Danza de Acróbatas y el pasodoble “Manolo”, apología del candor», en: Manuel Poggio Capote y Víctor J. Hernández Correa (eds.), *II Congreso Internacional de la Bajada de la Virgen (Santa Cruz de La Palma, 16-18 de julio de 2020)*, [Santa Cruz de La Palma], Cabildo Insular de La Palma, 2020, pp. 909-916; Manuel Poggio Capote, «La Danza de Acróbatas», *Diario de avisos* (Santa Cruz de Tenerife, 7 de junio de 2015), p. 58; Rosa Aguado Jaubert, «Las primeras acróbatas», *Lustrum: gaceta de la Bajada de la Virgen*, n. 1 (2018), pp. 36-39; Josefina Gutiérrez Sánchez, «Tres “lustros” en la Danza de Acróbatas», *Lustrum: gaceta de la Bajada de la Virgen*, n. 3 (2020), pp. 50-52; Ramón Aciego de Mendoza Lugo, «Los acróbatas del 75», *Lustrum: gaceta de la Bajada de la Virgen*, n. 4 (2021), pp. 57-59.